

EL CRISTO DEL APOCALIPSIS

Le Christ de l'Apocalypse, Revue de Théologie et de Philosophie, 21 (1972) 65-80

Introducción

La descripción que el visionario de Patmos hace del esplendor enigmático del árbol de la vida (Ap 22,2) podemos, sin dificultad, aplicarla al Jesucristo que nos da a conocer, a lo largo de la obra.

Esta exuberancia queda patente en varios niveles. Las visiones, por de pronto, sugieren la grandeza de Cristo. En el capítulo 1, la descripción neotestamentaria del Resucitado bajo los rasgos del Hijo del hombre y del Gran Sacerdote. En el capítulo 5, el vidente, elevado al cielo, asiste a la entronización del Cordero, crucificado y resucitado. En el 12, nos describe el nacimiento del hijo de la mujer coronada y después su elevación a los cielos, bajo la amenaza del dragón. El 22, finalmente, evoca las bodas del Cordero con su Iglesia.

También en los textos litúrgicos que jalonan la obra aparece la riqueza cristológica. En 1,4-6, la fórmula litúrgica culmina en una descripción de la obra redentora. La referencia litúrgica a Cristo nos acompaña a lo largo de toda la obra hasta el último verso donde la doxología se cambia en intercesión (22,20-21).

Finalmente, la profusión cristológica estalla en un tercer nivel: los títulos y figuras. En primer lugar, el título de Cordero que predomina, de forma inédita en el NT, para designar al Cristo victorioso de la muerte, conductor de su pueblo, árbitro del universo y asociado a Dios. Seguidamente la presencia discreta de los títulos tradicionales: Hijo de Dios, Señor, Hijo del hombre, Cristo comprendido de manera arcaica o arcaizante, como el Mesías de las profecías antiguas. Finalmente una multitud de expresiones, muchas de ellas propias del Apocalipsis: el príncipe de los reyes de la tierra, el primer nacido de entre los muertos, el señor de los señores, el rey de reyes, la palabra de Dios, el verdadero, el santo, el fiel, el amén, el vástago de David, la estrella brillante de la mañana, aquel que sondea las entrañas y los corazones, el que tiene la llave de David, el que sostiene las siete estrellas en su derecha, el primero y el último, el alfa y el omega, el comienzo y el fin, el principio de la creación de Dios y, sobre todo, el viviente y el testigo fiel.

Estado de la cuestión

Tanta riqueza acompañada de tantos enigmas ha frenado la investigación. Desde W. Bousset, los exegetas están de acuerdo en afirmar el gran contenido cristológico; sin embargo, hay que esperar hasta los años sesenta para ver aparecer dos libros, escritos independientemente el uno del otro, que exponen las grandes líneas del Apocalipsis.

El primero de ellos es obra de un exegeta de la Alemania Oriental, Traugott Holtz. Preciso en los análisis de detalle de los textos y de los títulos, es menos convincente en la exposición de las líneas de fuerza. Para él todo se realizó el Viernes Santo y el día de Pascua. Y ahora Cristo triunfante reina sobre su Iglesia. Así quedan poco iluminadas las

relaciones que unen a Cristo con las naciones. Según Holtz, Cristo atiende a su esposa, la Iglesia. Sólo Dios juzga a los pueblos.

Esta interpretación cristocéntrica, más barthiana que bultmaniana, según parece, clasifica los datos del problema según categorías de tiempo: obra pasada, presente y futura de Cristo. Desde un punto de vista crítico se puede preguntar si a partir de esta categoría se puede tomar en cuenta toda la cristología del Apocalipsis: su relación con el futuro de las naciones, y su función de revelador y testigo.

El otro libro, obra de José Comblin, presenta una concepción completamente diferente. Para este exegeta, el visionario de Patmos asume la tradición cristiana primitiva y la desarrolla en forma original. Bajo la influencia de su fe y de las visiones que ha recibido, carga de profundidad los datos veterotestamentarios.

Según Comblin es necesario subrayar la influencia preponderante del Deutero-Isaías, su figura del Siervo y la idea de un proceso divino contra las naciones. Así el Cordero del Apocalipsis representa al Siervo de Isaías, sufriente y luego glorificado, cuya función es salvar a Israel y testimoniar, es decir, iluminar y juzgar a las naciones. Testimonia contra las naciones en el juicio escatológico que Dios envía contra ellas.

En la figura del Siervo inserta Comblin los otros dos componentes cristológicos que descubre: el Hijo del hombre de Daniel y el Mesías de los profetas, quedando así transformados los dos títulos y sus funciones. El Hijo del Hombre no permanece en el cielo sino que viene como testigo de cargo a la tierra. El Mesías no está localizado en la tierra, en Israel; sube hacia Dios con su comunidad de rescatados.

Tal sería la originalidad, muy elaborada y consciente, de esta cristología. A nuestro parecer, Comblin exagera la importancia de Isaías 40-55, en desacuerdo con Juan, que no atribuye jamás este título a Cristo.

Asimismo cabe dudar que Juan pretenda tal sistematización cristológica y, por lo tanto, al distribuir los datos cristológicos en dos series: Hijo del hombre y Mesías, dicho autor fuerza los textos en aras de una claridad que se aleja de la verdad.

CRISTO EN RELACIÓN

Nuestro intento es proponer una clasificación más natural de los datos del Apocalipsis. No seguimos a Holtz en su concepción del tiempo, ni a Comblin en los modelos veterotestamentarios. Intentaremos establecerla a partir de los lazos que se tejen entre los personajes del Apocalipsis, fundados en que los hombres, en general, manifiestan y fortalecen su identidad en las relaciones que mantienen con los demás seres y cosas. Al término de la exposición insistiremos sobre dos modos privilegiados de las relaciones de Cristo, que frente a la Iglesia, se define como revelador y frente a las naciones se realiza como testigo.

Cristo y su Iglesia

Dado que Juan es miembro de la Iglesia, el Cristo que nos describe es, ante todo, el que experimenta en contacto con la comunidad cristiana. Las categorías de presencia, don, unión, autoridad, imitación, inherentes a su experiencia, nos permitirán precisar esta relación.

Cristo se manifiesta a su Iglesia por su presencia viviente. Así en 1,18: "Yo fui muerto y he aquí, yo soy viviente por los siglos de los siglos", se subraya la vida presente del resucitado. En 1,5, la benevolencia presente: "aquel que nos ama", precede al arraigo en el acto constitutivo del pasado: "que nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre". Esta presencia y esta vida, que explican las venidas anticipadas del Hijo del hombre a sus comunidades (3,20), determinan todas las relaciones de Cristo con los otros y abren el acceso a la anámnesis (recuerdo) y a la prolepsis (anticipación).

Juan subraya la continuidad entre el Resucitado y Jesús de Nazaret por medio de la utilización del nombre propio de Jesús. Para él, Jesús se caracteriza por el don que ha hecho de su vida. Él es el Cordero que ha ofrecido su sangre para que los rescatados puedan blanquear sus vestidos (7,14). Y este don se reencuentra en el otro extremo de la historia: el Hijo del hombre promete los bienes escatológicos a los creyentes fieles. Es importante subrayar la naturaleza relacional de este acto oblativo: el gesto tiene sentido si la comunidad lo acepta y lo proclama.

Cuando este don, desplegado en el tiempo, se convierte en presencia intensa y oblación recíproca, debe expresarse en términos conyugales. Juan entonces recurre al vocabulario nupcial. Así la categoría de la unión conyugal queda impregnada de un rico contenido teológico y escatológico.

En el presente, dado que la Iglesia es peregrina, el matrimonio no está consumado. Cristo, entonces, recurre a la autoridad que le confiere su victoria pascual para mantener su comunidad en el camino de la vida. El Hijo del hombre toma sobre sí la función pedagógica que la sabiduría desempeña en el AT. Como ella puede anunciar que vendrá a retribuir. Como ella puede decir: "Yo, todo lo que amo, lo vuelvo a tomar y lo corrijo" (3,19).

Finalmente la ruta que en la actualidad recorre la Iglesia, atraviesa el desierto. Dos de sus representantes, los dos testigos del Resucitado, son perseguidos. El Capítulo 11, que narra la suerte de estos testigos, nos invita a asociar la suerte de los compañeros a la complementariedad de los cónyuges, descrita más arriba. La noción de imitación permite que la fe circule en los dos sentidos: de Cristo a la Iglesia, y de la Iglesia y su ética a Cristo y su verdad.

Cristo y el mundo

Estas relaciones son más difíciles de definir. La suerte de las naciones impías, mientras llega la parusía, no parece determinada directamente por el Resucitado. Las referencias inmediatas a Dios a propósito de las desgracias, y las súplicas a Él dirigidas (11,17), parecen corroborar la afirmación.

Con todo, el análisis del título de testigo no permite subestimar, como lo hace Holtz, la actividad presente de Cristo frente a las naciones paganas. No tiene una referencia única y exclusiva al testimonio que se da por la muerte, sino que incluye y subraya el testimonio que da por su palabra y que resuena más allá de la muerte. Así el Resucitado es testigo ante Dios y el mundo, a lo largo del proceso que se desarrolla entre los hombres y su creador. Frente a las naciones anuncia ahora el exclusivismo de la fe (3,7). Frente a Dios presenta las inculpaciones que tiene contra los hombres.

Una ambigüedad parecida, Cristo inactivo y activo a la vez frente a las naciones, caracteriza el período último de la historia. Así aparece en los capítulos: 14; 18;20, 11-15. El Cordero parece reservar todos sus cuidados para su esposa que se prepara para las bodas.

La visión del capítulo 19 describe un Cristo singularmente activo en la Parusía. Identificado con la Palabra de Dios se presenta como el adversario de toda oposición a Dios.

A esta tensión entre la inactividad y la actividad de Cristo, corresponde otra tensión, que atraviesa todo el libro, entre la inminencia y el retraso de la Parusía. Pocos libros neotestamentarios subrayan con tanto vigor la proximidad inmediata del fin (1,3;22,20). Pero también pocos libros evocan con tanta impaciencia el retraso de la Parusía y la inquietud que produce en los perseguidos (6,10).

Esta ambigüedad tiene su fundamento en que Juan, en tanto que cristiano, constata de manera inmediata y evidente la comunión entre el Cordero y su Iglesia, mientras que las relaciones de Cristo con las naciones las capta mediata y ambiguamente. Estas relaciones sólo se clarificarán a la venida del Hijo del hombre, cuando "todo ojo le verá, incluso los que le traspasaron" (1,7). Por el momento, sólo el creyente puede confesar este poder en un acto de fe que se expresa litúrgicamente.

Cristo, Dios y Espíritu

Juan atribuye al Cordero la mayor parte de los títulos de Dios: el Señor, el Santo, el Alfa y Omega. En lugar de decir, como el resto del NT, que se sienta a la derecha de Dios, se atreve a proclamar que se sienta con Dios en el mismo trono. Con todo, la identificación no es completa. Cada persona guarda su identidad propia: Dios es el Padre, Jesús es su Hijo.

El Espíritu no obtiene, según parece, un rango tan elevado como el Hijo en la jerarquía celeste: tiene un lugar delante del trono de Dios, está junto a la Iglesia. Presente en la tierra, para reagrupar a Israel, une su voz a la de la Iglesia: "El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!" (22, 17). Aparece más como la relación misma que une al Cordero con su Iglesia, que como una criatura enviada de parte de Cristo. La voz del Espíritu puede acompañar la voz de la Iglesia, y la voz de la Iglesia se une a la Palabra del Hijo del Hombre. Así, cada carta dictada por el Resucitado se acaba con estas palabras: "Aquel que tenga oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (2, 7.11. 17.29; 3, 6.1322).

Cristo revelador

Hemos dejado para el final un aspecto de la relación de Cristo y su Iglesia: la función reveladora del Hijo. Apocalipsis es la primera palabra del libro que, siendo al mismo tiempo profecía, revela lo que hay en lo alto y lo que viene después (1,1-2). Esta revelación, antes de llegar a los destinatarios, pasa por diversos intermediarios: ángel, visionario, lector, junto a los cuales Cristo toma las precauciones necesarias para que el mensaje sea retransmitido fielmente. El Cristo del Apocalipsis cumple con respecto a su Iglesia la función de revelador, hallándose en el origen y en el término de un circuito de comunicación.

Los capítulos 1 y 22 indican claramente lo que el Hijo del hombre revela a su Iglesia: "Lo que debe ocurrir pronto" (1,1 y 22,6). Pero el contenido de esta revelación nueva sobre el futuro no puede separarse de la revelación anterior sobre Cristo. El "lo que debe" se refiere a la venida del Hijo del hombre en la gloria cuya causa es conocida. El verso: "he ahí, viene en medio de nubes y todo ojo le verá, aun los mismos que le traspasaron" (1,7), tiene valor de programa. La aniquilación de las fuerzas hostiles es la consecuencia de esta venida de quien se conoce ya por su nombre, pues ya ha venido.

Tampoco pueden confundirse las dos revelaciones e insistir exclusivamente en la primera venida de Cristo. Si para Juan existe un solo acto fundante: la cruz y la resurrección, el sentido de este acontecimiento permanece inexhaustible y hace necesario que Dios prosiga su revelación. Los profetas son todavía necesarios para que la historia de la Iglesia y de las naciones sirva de comentario a la obra de Cristo, cuya universalidad queda así subrayada.

Dictando este comentario, Cristo, en cierto sentido, repite lo que ya sabíamos de él: sus bodas con la Iglesia y la caída de las naciones repiten la parábola de la vid y los sarmientos. Pero también, puesto que la nueva situación histórica lo exige, nos da una nueva revelación, una nueva iluminación cristológica. El Cristo del Apocalipsis es a la vez escondido y conocido. Limitado por su cruz, es ilimitado por su futuro. Lo terminó todo en el Gólgota y, con todo, le queda por hacer. Lo que debe hacer parece al mismo tiempo mínimo y decisivo. Mínimo pues el movimiento fue dado en Pascua, decisivo pues aún se debe operar el paso de lo invisible a lo visible (1,7). A diferencia de diversas corrientes del cristianismo primitivo, Juan, el profeta, orienta resueltamente el Cristo de la fe hacia el futuro.

Subrayamos finalmente que nuestro conocimiento de Cristo se enriquece con la lectura del Apocalipsis por otras razones. Sin admitir plenamente la proposición del sociólogo canadiense M. MacLuhan, según el cual en nuestra civilización los medios de comunicación de masas constituyen "el mensaje" para ellas, sí que aceptamos como aportación suya el descubrimiento de la importancia que tiene el medio de comunicación escogido, independientemente de lo dicho o mostrado. Estas constataciones modernas pueden sernos útiles en este nivel de nuestra investigación. Los medios utilizados por Cristo nos parecen reveladores: visiones misteriosas, oráculos, palabras enigmáticas, intermediarios. Esta variedad de medios conmueve nuestros diversos sentidos: la vista, el oído (cfr 1,3), el gusto, el tacto (3,20). Esta diversidad reflejaría el interés de Cristo en alcanzar al hombre en su totalidad. Una confirmación sería que la construcción de esta obra no sigue la lógica lineal característica de la civilización del libro. La dificultad de los exegetas para encontrar un

plan coherente del Apocalipsis radicaría en que esta revelación ataca una concepción intelectual de la fe y transforma nuestra vida tanto como nuestro espíritu. Por medio de este lenguaje didáctico, Cristo llama la atención del oyente de la palabra y provoca la colaboración del creyente a nivel de aprobación e interpretación.

De los innumerables intermediarios que existen entre su palabra y nuestra percepción, podemos extraer también una deducción cristológica. Nos revelan el amor de Cristo que, como Dios en el AT, quiere dársenos sin destruirnos. Esta condescendencia parece de actualidad hoy que se habla de la agresión al hombre a causa de las informaciones que sin escrúpulo le invaden.

Para concluir este punto no creemos ser infieles a Melanchthon si modificamos como sigue su fórmula de los *Loci communes* de 1.521: *Hoc est Christum cognoscere, media eius cognoscere*. Conocer a Cristo, no es sólo conocer sus *beneficia*, sino también los medios de comunicación que él utiliza.

CRISTO POLÍTICO

La revelación hecha a Juan tiene un matiz político más explícito que la del resto del NT. El Cristo del Apocalipsis prepara a sus comunidades para afrontar el mundo de los hombres cuya dureza no oculta.

Ataca con violencia el mesianismo político. Enseña cómo la tenencia del poder, favorecida por una ideología religiosa, aliena o puede alienar a los hombres. En una visión última, cuenta con el derrocamiento del poder opresivo y la liberación del hombre (Cfr 20,4-6; 21,6-7).

El Cordero, en cuanto testigo, dice al mundo la Palabra de Dios y anuncia a Dios lo que reprocha a los hombres. Esta palabra es eficaz, es acción. La escena del jinete con la espada en la boca (19,2 ss), es suficiente para mostrarlo.

Esta palabra eficaz no olvida su referencia a Dios que le da su poder y su verdad. Palabra verdadera, descubre las maquinaciones de la tiranía: percibe justamente, describe con precisión, critica inexorablemente. Su eficacia tiende más a su verdad que a su veracidad. Merced a esta palabra quedan patentes el poder opresivo en su horror bestial y la comunidad de testigos en su deseo de amor.

Una palabra que tiene contenido y un acto que tiene sentido, son los medios puestos por obra. Ésta es la intervención presente de Cristo.

En el contexto histórico en el que se inscribe el libro, la persecución de Domiciano, la crítica al poder aparece natural. Pero la alternativa ofrecida a la política imperial es difícil: una comunidad cristiana verdadero contra-modelo del Imperio, en donde se establecen relaciones humanas y no animales, en donde el amor sustituye a la opresión y la plegaria a la idolatría. El testigo implacable, su inexorable crítica, sólo permite una violencia: la que se hace a él. La suerte del testigo verdadero ha desembocado en la muerte. No porque se levante como el campeón de una teología del más allá y de una ética masoquista, sino porque reivindica la creación de Dios y practica la ética de la

vida. Para establecer y transmitir esta vida, debe luchar con la palabra y soportar aparentes derrotas.

En esta dialéctica de la intención política y los medios no violentos se explica el título que domina la cristología del Apocalipsis: el Cordero. No el dulce cordero de la iconografía piadosa; sino el Cordero triunfador, viril, de pie, llevando en su cuerpo la señal de su muerte. Una muerte que ha proclamado nuestra vida y la comunica.

Tradujo y condensó: TOMAS ADMETLLA